

Capítulo 37 - - Una Despedida Sintética - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Actualización de julio 3]

Siobhan

11 de noviembre, día 28, sábado, 11:00 p.m.

“Deberías pasar la noche aquí. Necesito descansar antes de realizar el hechizo del mensajero, y tú también, pues estoy bastante segura de que te verás en la necesidad de evitar nuevos intentos de adivinación en breve una vez que salgas de este lugar,” dijo Liza.

Siobhan aceptó sin dudar, con la esperanza de tener la oportunidad de consultar la pequeña biblioteca de Liza ahora que su mente volvía a funcionar con claridad.

Liza debió haber notado su interés por los libros, porque añadió: “Están protegidos contra cualquier mano que no sea la mía. Por supuesto, podría prestarte uno o dos, siempre que no los retires de estas paredes. A cambio de una tarifa.”

Desinflada, Siobhan comió la sencilla cena que Liza le sirvió y volvió a la camita abajo, admitiendo a regañadientes que realmente necesitaba un descanso mental. Realizar incluso hechizos menores con voluntad era arduo y peligroso.

Al día siguiente, Siobhan se dedicó a sus deberes que no requerían hechizos ni acceso a la biblioteca. Liza no apareció hasta que el sol ya comenzaba a esconderse.

Frunciendo el ceño sobre una taza de té humeante y oscuro, Liza le arrojó un libro de referencia a Siobhan y pidió que la ayudara a trazar el diagrama del hechizo del mensajero Lino-Wharton, rodando los ojos al ver la expresión de codicia alegre en el rostro de Siobhan mientras revisaba las instrucciones del hechizo.

Siobhan no se esforzó demasiado al crear el vínculo mnemónico con la parte del hechizo que rastreaba, y Liza terminó todo en poco más de una hora.

Tras devolver el cuervo a su jaula, fue cuando se percató de que Oliver no estaba allí. Él estaba ocupándose de los habitantes del Alce Verde y quizás de la policía. Por alguna razón, había pensado que volvería a acompañarla a la prisión. Frunció el ceño consigo misma. ‘ No lo necesito. Soy perfectamente capaz de hacer las cosas por mi cuenta. Solo espero que todo esté bien en su lado. ’

Se puso su capa, se aseguró de que su pequeño Conductor de niño estuviera a mano, y con un cansado gesto hacia Liza, salió por la noche. La luna casi estaba llena otra vez, y arrojaba suficiente luz para ver, incluso sin farolas. Se dirigió hacia la prisión, deteniéndose antes del mismo canal que atravesaba esa sección de Gilbratha, pero en un lugar unos cientos de pies más al norte, más cerca del ala donde se encontraba la celda de Ennis. Había dejado el equipaje y la mochila de Sebastien en un callejón cercano para resguardarlos temporalmente.

El cuervo se alzó con entusiasmo bajo su mando mental, guiado por el hechizo de rastreo que lo llevó a la misma ventana anterior. Parecía que no se habían movido.

El cuervo graznó.

Ennis no se sobresaltó tan violentamente como la vez anterior, pero su reacción al ser despertado por un mensajero cuervo todavía no fue suave. Maldijo, colocando una mano sobre su corazón. El cuervo tuvo dificultades para captar su expresión, pero ella pensó que lo había visto mirándolo furiosamente. “Así que mi hija no se transformó en ave de cuervo para caer después hasta su muerte,” dijo. “¿Más magia con sangre? Eso es lo que me dicen que esto es. Al menos, has decidido volver a investigar a tu padre preso, dos meses después. Los Gervin dicen que no has intentado contactarlos, y están empezando a desconfiar de que el acuerdo de matrimonio que negocié con ellos sea siquiera confiable.” Su voz estaba cargada de acusación, y empezó a gesticular dramáticamente con las manos al final.

—Mantén la compostura— dijo el cuervo—. No queremos llamar la atención de los guardias.

—Quizá debería llamarlos yo— replicó, cruzándose de brazos sobre el pecho—. Quizá te interesaría más resolver esto con los Gervin si fueras tú quien estuviera aquí temblando todas las noches—. Siempre fuiste ingrato, pero esto todavía me sorprende—.

Siobhan apretó la mandíbula y flexionó los dedos. El cuervo no pudo ver un anillo en su dedo.—Lo siento, Padre— dijo ella, intentando mantener la ira y el desprecio fuera de su voz—. Mi Conducto se rompió a mitad de nuestra conversación anterior, cortando el vínculo entre yo y el cuervo. Sufrí una reacción adversa y he estado recuperándome de la tensión con Will, buscando luego un Conducto de reemplazo que me permitiera volver a contactarte. He estado indefensa sin él. Logré conseguir uno para esta noche, para poder lanzar este hechizo. ¿Tienes el anillo de Naught? Si pudiera usarlo, tal vez podría arreglarme lo suficiente para contactar a los Gervin y sacarte de aquí—.

—No lo tengo—.

—¿Qué? ¿Se lo quitaron los policías? ¿O lo escondiste en algún lado?—.

—No soy estúpida, muchacha— replicó con tono condescendiente—. Reconozco tu intento de manipulación. Solo quieres el anillo para ti misma. ¡Si se lo diera, desaparecerías de Gilbratha esta misma noche! Bueno, ya es demasiado tarde. Usé el anillo como vínculo para mi palabra en el acuerdo matrimonial con los Gervin. Ellos lo tienen—.

Ella caminó de un lado a otro junto al canal, apretando y soltando los dedos. Su piel ardía, como si su furia la estuviera llevando realmente a una incandescencia.—¿Vas a ceder el derecho a mi herencia, el anillo de mi madre, a otra familia?—.

—Cuando te cases con su familia y cumplas el contrato, solo tienes que pedírselo a tu esposo. Si no te casas con él, ellos estarán autorizados a conservar el Conducto—. Ennis habló con tono victorioso.

Entonces, se dio cuenta de que él había planeado esto. ‘No pensaba realmente en que casarme con ellos fuera lo mejor para mí, o en que fuera algo con lo que podría aceptar—, pensó—. Sabía que vendía a su hija y que yo resistiría la idea, así que decidió retener mi herencia, el último vestigio de mi madre y el Conducto que me permitiría dominar niveles más altos de magia...’. Apretó los dientes para contener un grito, reacia a llamar la atención por su culpa.

Deseaba atacarlo. Por un momento, consideró que el cuervo golpeará su rostro con sus garras, y solo entonces se dio cuenta de que las plumas de su cuello estaban infladas y sus alas en actitud amenazadora. No había intencionado hacer eso, pero la escena le aclaró la mente lo suficiente como para distinguir la figura vestida de negro que se acercaba desde unos cuantos bloques al sur. ‘¿Es un policía?’— se preguntó con alarma—.

Ahora, consciente de ello, sintió leves pinchazos en las diskettes de su espalda y una presión efímera alrededor de la muñeca, donde Liza había atado la cuerda que conectaba a Siobhan con el cuervo. Era como si alguien jalara del otro extremo de la cuerda.

Sin decir una palabra más a su padre, le ordenó al cuervo que volara de regreso hacia ella. En lugar de volver a su hombro o a su jaula, le indicó que se lanzara a las aguas oscuras del canal, ignorando su instinto que resistía la idea.

Ya huyendo apresuradamente del canal, estremeció al sentir cómo el ser se ahogaba. "Iba a morir pronto de todos modos, cuando se agotara el hechizo. De esta forma, al menos, no podrán recuperar su cuerpo como con el anterior."

El hechizo antimancia en su espalda seguía resistiendo la magia inquisitiva incluso después de que el ave ya había muerto.

El sonido de botas con clavos de cobre golpeando el suelo, mientras la persona que la había estado siguiendo comenzaba a correr a toda prisa, solo confirmaba su sospecha. La Penitenciaría de Harrow Hill tenía probablemente una nueva barrera que detectó la presencia del cuervo, o su padre había alertado a los guardias.

"La conexión entre nosotros debería romperse una vez que me aleje lo suficiente. Esa cuerda no medía más de un kilómetro."

Como Esperaba, tras unos minutos de carrera, la sensación de presión en su muñeca desapareció, y los discos en su espalda se calmaron. Detuvo su huida, pero luego tomó un trayecto en zigzag, sinuoso, temerosa de ser rastreada por otros medios mundanos. Después de todo, aquel cobre probablemente podía seguir su pista.

Se libró de su perseguido con mayor facilidad de la que había anticipado, y luego se transformó en Sebastien al estar segura de que ya no la seguían ni vigilaban. Manteniendo un rostro impasible, reunió sus pertenencias, se aseguró de tener una apariencia presentable y se dirigió a la Taberna del ciervo verde. Pagó por una comida y luego por una habitación para esa noche, sin mostrar ninguna señal exterior de reconocer a Katerin o a los demás con quienes había trabajado en el pasado.

Se levantó temprano el lunes y se dirigió al Mercado junto al Río, portando la bolsa con cien monedas que Oliver le había entregado.

El sol comenzaba a asomarse, y los puestos apenas estaban siendo montados, pero los comerciantes estaban dispuestos a venderle sin problema alguno, aceptando sus pedidos de ingredientes alquímicos aunque los objetos aún no estaban expuestos. Una vez más, ninguno le pidió su licencia. "Me pregunto si eso se debe simplemente a la apariencia de riqueza y confianza, como sospeché al principio, o si quizás este tipo de reglas solo se aplican de manera laxa en Gilbratha, algo que las autoridades pueden usar para detenerte si les caes mal, pero que generalmente ignoran. Bueno, al menos en lo que respecta a componentes mágicos baratos y sin restricciones." Cuando reunió todo lo necesario para la alquimia que planeaba realizar, buscó a un Conductor.

Algunos de los puestos que vendían objetos mágicos también tenían Conductores, aunque de calidad mediocre, apenas superiores a los que ella conservaba de su infancia. Servían para una niña, pero no para un hechicero en ciernes. Además, los precios eran exorbitantes, al menos el triple de lo que deberían costar. Solo alguien demasiado ingenuo para saber mejor compraría alguno de ellos. Frustrada por la pobre calidad de otra exhibición diminuta de trozos de celerio nuboso, se volvió hacia el comerciante. "¿Hay algún lugar donde pueda conseguir un Conductor más potente?"

"Órbitas y Amuletos. Es una tienda en el extremo norte del mercado, a unas pocas calles de aquí. Con el suministro actual, esa es tu mejor opción para encontrar algo más claro." El hombre se encogió de hombros disculpándose y le dio instrucciones sencillas.

Sebastien no estaba segura de qué era exactamente una boutique, ni en qué se diferenciaba de una tienda convencional, pero localizó el lugar con facilidad en una calle bien cuidada, donde todos los letreros estaban pintados con palabras y no con imágenes, por lo que dedujo que acostumbraban tratar con las clases acomodadas. Lo cual tenía sentido. La mayoría de los plebeyos no tendrían motivos para comprar un Conductor, especialmente uno que valiera algo.

El interior de la tienda estaba bien iluminado, con pisos de mármol pulido y vitrinas de vidrio brillantes. Una mujer atractiva dio un paso adelante desde donde había estado esperando, con las manos entrelazadas frente a ella, y se ofreció a llevar el equipaje de Sebastián, además de ofrecerle una variedad de refrescos cuando ella rechazó.

—No, gracias. Solo quiero ver sus Conductos —dijo Sebastián, sujetando quizás demasiado sospechosamente las asas de su equipaje, si la expresión de ofensa contenida en el rostro de la mujer era alguna indicación.

—Por aquí, señor —dijo la mujer, haciendo un elegante gesto hacia las vitrinas, que estaban iluminadas por sus propias cristales de luz interna.

Sebastián comenzó a sentir una sensación cada vez peor respecto a la tienda, pero obedeció. No había precios indicados. Su inquietud aumentaba aún más.

—¿Qué nivel de Conducto busca, señor? Tenemos celerio de las Montañas Surior, de las Altas Highlands Encantadas y de los Yermos Negros, que van desde nivel de Aprendiz hasta Maestro Supremo. ¿Prefiere que su Conducto esté en bruto o tallado en gema? Disponemos de los acabados más a la moda, si desea convertir su compra en un accesorio que pueda llevar puesto.

Déjeme ver sus Conductos de Aprendiz, en bruto, y... sin engaste, creo —sin que, salvo para eliminar una impureza, el facetado de celerio aumentara su eficiencia, solo lo hacía más brillante. La idea de ponerlo en un anillo u otra joya solo le hacía querer dar un puñetazo.

La asistente la llevó a una de las vitrinas con Conductos más opacos y pequeños. Sin embargo, casi todos eran mejores que el cristal diminuto y opaco que llevaba en el bolsillo del chaleco en ese momento.

Sebastián señaló uno en medio de la exhibición, que era un poco menos opaco que los de la izquierda, pero no tan grande ni transparente como los de la derecha. —¿Cuántos thaums tiene esa?

La mujer sonrió con brillantez, desplazándose ya detrás de la vitrina para desbloquearla y retirar el Conducto. —Este tiene doscientos setenta thaums, de las Montañas Surior. Tiene algunas nubes además de las venas, pero—

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Sebastián, interrumpiendo sus parloteos. El sol ya estaba alto y sus clases comenzarían pronto.

La mujer parpadeó, luego dijo: —Ciento treinta piezas de oro, señor.

Los ojos de Sebastián se abrieron incredulamente. —¿Ciento treinta piezas de oro por un Conducto que solo puede canalizar doscientos setenta thaums? —Sabía que los precios de los Conductos subían rápidamente con la mayor calidad y rareza, pero esto era una locura. Su Conducto anterior, con capacidad para doscientos cincuenta thaums, valía menos de cuarenta piezas de oro.

La mujer juntó las manos frente a ella, inclinándose un poco como en señal de una reverencia. —Las cosechas de celerio han sido muy escasas este último año. Con el suministro tan reducido, los precios han subido. Le aseguro que no encontrará un proveedor licenciado y de buena reputación que venda por menos que nosotros.

Sebastián pensó brevemente si Oliver o Katerin podían encontrarle un proveedor poco confiable y no autorizado que tuviera mejores precios. ‘No hay tiempo para eso’, pensó, mirando el nivel de luz afuera. ‘Debo estar en clases en menos de una hora y sin llamar demasiado la atención.’ Su dolor de cabeza volvía con intensidad y los músculos de su espalda estaban tan tensos que parecía que se agarrotarían.

Quizá podría conformarse con un Conducto de menor calidad por ahora. Tenía su antiguo Conducto de nivel infantil como respaldo. Mientras ambos Conductos estuvieran siempre en contacto con su piel cuando lanzara un hechizo, si uno de los dos en uso se rompiera, podría cambiar inmediatamente a usar el secundario, con apenas riesgo de efectos adversos. Tragó saliva con dificultad. —¿Qué pasa con los que tienen en el rango de doscientos Thaums? Podría revender el Conducto y recuperar al menos parte del dinero cuando esté lista para comprar uno más adecuado. Siempre y cuando no lo rompiera, también. Y siempre que el suministro de celerio no se recuperara y los precios volviesen a la normalidad para entonces.

—Rango de aproximadamente setenta y cinco a ochenta y cinco piezas de oro.

Sebastián tragó saliva una vez más. Aunque seguía siendo una cifra escandalosa, al menos ella podía permitírselo. Con dedos algo reacios, señaló uno de los conductos menores y más opacos, valorado en poco más de doscientos heumas y ligeramente más barato que los demás debido a una fea mancha marrón de contaminación.

Tras salir de la tienda, se detuvo en un callejón a su lado para guardar su nuevo conducto en el bolsillo del chaleco destinado para ello, y el otro en la lengua de su bota, donde presionaba incómodamente contra su piel.

Inspiró profundamente y alcanzó su equipaje, pero se vio obligada a tragar el nudo en su garganta otra vez, mientras la angustia en su pecho, que había intentado ignorar, se elevaba sin control.

Con un jadeo tembloroso, se inclinó, abrazando sus propios hombros como si intentara recomponerse. Las lágrimas comenzaron a acumularse, cálidas y rápidas, y ella se entregó en silencio, sollozando sin aliento para crear sonido alguno. Buscó a tientas su nuevo conducto, el que llevaba en el bolsillo, y lo apretó con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

Se limpió las lágrimas con rabia, pero otras llegaron para ocupar su lugar, apenas logrando aliviar en parte el ardiente pozo de dolor en su pecho. No quería llorar por Ennis, ni por nada de eso, en realidad, pero estaba cansada, le dolía la cabeza y era simplemente demasiado.

Al llegar a Gilbratha, Ennis había tenido, en cierta medida, control sobre su vida. La había zarandeado con sus caprichos por mucho tiempo, y que robara el libro de la Universidad no fue la primera ocasión en que le complicó la existencia, solo la más grave. Ahora, intentaba volver a hacerlo, obligándola a casarse con un desconocido, y si ese hombre era parecido a Alec Gervin,

probablemente terminaría odiándolo.

Desde su llegada, parecía que por cada cosa que mejoraba, otro aspecto de su vida empeoraba. Había ingresado en la Universidad, pero ahora la policía estaba más cerca de atraparla que nunca. Y, a diferencia de antes, dependía de una organización criminal que la despertaba en medio de la noche para involucrarla en peligrosos enfrentamientos con otras bandas.

‘Pero yo misma me he creado ese problema’, pensó, extrañamente reconfortante.

Había encontrado la manera de entrar en la Universidad, y sí, eso implicaba ataduras, pero era una decisión propia, y volvería a tomarla.

La policía tenía su sangre, pero ella había hallado una solución para eso, de modo que no todo estaba perdido.

Alguien había muerto por su negligencia, pero solo por su falta de preparación, y eso era algo que podía remediar.

Su padre era una persona horrible, y no le importaba. Pero ella no tenía por qué preocuparse por él, tampoco. No era necesario escucharle ni dejar que sus acciones afectaran su vida.

Quizá era cierto que, en general, el equilibrio de sus problemas apenas se había inclinado algo a mejor. Pero ella había cambiado. Había puesto sus manos en la magia, en todo el conocimiento que la Universidad tenía para ofrecer, y no pensaba soltarlo. Ahora, tenía el control. Tomaba decisiones, buenas y malas, y podía afrontar las consecuencias de ambas. Ya no dependía de los caprichos de otra persona, y podía decidir no volver a estar sometida a ellos jamás.

Sus lágrimas se habían detenido.

Ella concentró su Voluntad, no en ningún hechizo, sino en la mentalidad que acompañaba la magia. “Estoy en control. El mundo se inclina a mi voluntad. Yo no me inclino ante él.” Repitió esas palabras varias veces en su mente, luego llevó su mano libre a su rostro y pronunció un hechizo que había aprendido en el camino de una vieja bruja de brecha.

La mucosidad y la baba que habían obstruido sus senos nasales se movieron, y ella escupió un gran bulto en una sola pieza, luego se limpió las lágrimas de la cara. No podía mostrarse llorando en las calles. “Por suerte, todavía es muy temprano para que la mayoría de la gente esté despierta.” Observó el bulto de saliva y mucosidad, y luego usó el hechizo que su abuelo le había enseñado para convertirlo en cenizas sin humo, quemando además cualquier rastro que pudiera ser utilizado para rastrearla. No debía volverse descuidada.

Se enderezó, con su conducto aún apretado en el puño y su mente todavía enfocada en el mando, tomó su equipaje y caminó con decisión hacia la Universidad.

Sebastián no tenía tiempo que perder.

La historia continúa en *Guía práctica para la hechicería, Libro II: Un vínculo de sangre*.

Puedes reservarlo aquí: <https://books2read.com/Binding>

Puedes leer capítulos previos al lanzamiento en mi sitio web: <https://www.azaleaellis.com/a-practical-guide-to-sorcery-series/>

Gracias por leer. Si disfrutaste este libro, te agradecería que dedicaras unos minutos a dejar una reseña. Esto ayuda a darlo a conocer para que otros también puedan disfrutarlo.

Enlace universal para reseñas en librerías: <https://books2read.com/ConjuringOfRavens>

Revisión #1

Creado 1 julio 2026 00:21:48 por Edward Elric

Actualizado 1 julio 2026 00:21:52 por Edward Elric